

dos en casa del escribano con amor, con abundancia y con limpieza.

CAPITULO XI.

Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de moriscos.

Llegóse el día, y con él los agradecimientos del hospedaje, y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los cautivos falsos, que dijeron que iban industriados del Alcalde, de modo que de allí adelante no los podían coger en mentira acerca de las cosas de Arjel: que tal vez, dijo el uno, digo, el que hablaba mas que el otro; tal vez, dijo, se hurta con autoridad y aprobacion de la justicia: quiero decir, que alguna vez los malos ministros della se hacen á una con los delincuentes, para que todos coman: llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos, los cautivos tomaron el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia, los cuales otro día al salir de la aurora, que por los balcones del oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol habia de hacer su acostumbrada carrera; Bartolomé, que así creo se llamaba el guiador del bagaje, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colores, de manera que no se podía ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa á la vista, con rústica discrecion, dijo: Verdad debió de decir el predicador que predicaba los días pasados en nuestro pueblo, cuando dijo, que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor: par diez, que si yo no conociera á Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera á rastrear y conocer, viendo la inmensa grandeza destes cielos, que me dicen que son muchos, ó á lo ménos que llegan á once, y por la grandeza deste sol que nos alumbrá, que con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra; y mas que con ser tan grande, afirman que es tan ligero, que camina en veinte y cuatro horas mas de trescientas mil leguas: la verdad que sea, yo no creo nada desto; pero dicenlo tantos hombres de bien, que aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo; pero de lo que mas me admira es, que debajo de nosotros hay otras gentes, á quien llaman *antipodas*, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba traemos puestos los pies, cosa que me parece imposible; que para tan gran carga como la nuestra fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce: rióse Periandro de la rústica astrología del mozo, y díjole: Buscar querria razones acomodadas, ó Bartolomé, para darte á entender el error en que estás y la verdadera postura del mundo, para lo cual era menester tomar muy de atras sus principios; pero acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mio y decirte sola una cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es centro del cielo: llamo centro un punto indivisible á quien todas las líneas de su circunferencia van á parar: tampoco me parece que has de entender esto; y así dejando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en cualquier parte della donde los hombres estén, han de estar cubiertos con el cielo; así que, como á nosotros el cielo que ves nos cubre, asimismo cubre á los *antipodas*, que dicen, sin estorbo alguno y como naturalmente lo ordenó la naturaleza; mayor-domo del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra.

No se descontentó el mozo de oír las razones de Periandro, que tambien dieron gusto á Auristela, á la Condesa y á su hermano.

Con estas y otras cosas iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro, cuando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros á pié; y uno que venia á caballo con una escopeta pendiente del arzon de lantero, llegándose á Periandro, dijo: Si por ventura, señores peregrinos, llevais en ese repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que sí debéis de llevar, por que vuestra gallarda presencia, mas de caballeros ricos que de pobres peregrinos, os señala; si la llevais, dádmela, para socorrer con ella á un desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado á galeras por dos años con otros doce soldados, que por haberse hallado en la muerte de un conde los días pasados, van condenados al remo, y sus capitanes por mas culpados, creo que están sentenciados á degollar en la corte. No pudo tener á esta razon las lágrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo; pero pudiendo mas su cristiandad que el deseo de su venganza, acudió al bagaje, y sacó una caja de conserva, y acudiendo al carro, preguntó: ¿Quién es aquí el desmayado? á lo que respondió uno de los soldados: Allí va echado en aquel rincón, untado el rostro con el sebo del timón del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, cuando él se muera, que será bien presto, según está pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones alzó el rostro el untado mozo, y alzándose de la frente un roto sombrero que toda se la cubria, se mostró feo y sucio á los ojos de Constanza, y alargando la mano para tomar la caja, la tomó diciendo: Dios os lo pague, señora; volvió á encajar el sombrero, y volvió á su melancolía y á arrinconarse en el rincón donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos.

De allí algunos días llegó nuestro hermoso escuadrón á un lugar de moriscos que estaba puesto como una legua de la marina en el reino de Valencia; hallaron en él, no meson en que albergarse, sino todas las casas del lugar, con agradable hospicio los convidaban; viendo lo cual Antonio, dijo: Yo no sé quién dice mal desta gente, que todos me parecen unos santos. Con palmas, dijo Periandro, recibieron al Señor en Jerusalem los mismos que de allí á pocos días le pusieron en una cruz; agora bien, á Dios y á la ventura, como decirse suele, aceptemos el convite que nos hace este buen viejo que con su casa nos convida; y era así verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas, los metió en su casa, y dió muestras de agasajarlos, no morisca, sino cristianamente: salió á servirlos una hija suya, vestida en traje morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas cristianas tuvieran á ventura el parecerla; que en las gracias que naturaleza reparte, tan bien suele favorecer á las bárbaras de Citia, como á las ciudadanas de Toledo: esta pues hermosa y mora, en lengua aljamiada, asiendo á Constanza y á Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baja, y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas partes, temerosa de ser escuchada, y despues que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dijo: ¡Ay, señoras, y cómo habeis venido como mansas y sim-

ples ovejas al matadero! Veis este viejo, que con vergüenza digo que es mi padre, veisle tan agasajador vuestro; pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo: esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis bajeles de cosarios berberiscos á toda la gente deste lugar con todas sus haciendas, sin dejar en él cosa que les mueva á volver á buscarlas: piensan estos desventurados que en Berbería está el gusto de sus cuerpos y la salvacion de sus almas, sin advertir que de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas sino de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño: los moros de Berbería! pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las cuales corren los moriscos desta, y dan en los lazos de su desventura; si quereis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego desta casa, y acogéos á la iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el cura, que solo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos: hallaréis tambien allí al jdraque Jarife, que es un timio, moro solo en el nombre, y en las obras cristiano; contadles lo que pasa, y decid que os lo dijo Rafala, que con esto seréis creidos y amparados; y no lo echeis en burla, si no quereis que las véras os desengañen á vuestra costa: que no hay mayor engaño, que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decia, se asentó en las almas de Auristela y de Constanza, de manera que fué creida y no le respondieron otra cosa que fuese mas que agradecimientos. Llamaron luego á Periandro y á Antonio, y contándoles lo que pasaba, sin tomar ocasion aparente se salieron de la casa con todo lo que tenían. A Bartolomé, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesóle de la mudanza, pero en efecto obedeció á sus señores: llegaron á la iglesia, donde fueron recibidos del cura y del jdraque, á quien contaron lo que Rafala les habia dicho. El cura dijo: Muchos días há, señores, que nos dan sobresalto con la venida desos bajeles de Berbería, y aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza desta me tenia ya algo descuidado: entrad, hijos, que buena torre tenemos y buenas y ferradas puertas la iglesia, que si no es muy de propósito no pueden ser derribadas ni abrasadas. ¡Ay, dijo á esta sazón el jdraque, si han de ver mis ojos, ántes que se cierren, libre está tierra destas espinas y malezas que la oprimen! ¡Ay, cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mio, famoso en el astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religion cristiana, que ella sola es el rincón del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo! Morisco soy, señores, y ojalá que negarlo pudiera; pero no por esto deo de ser cristiano, que las divinas gracias las da Dios á quien él es servido, el cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo pues, que este mi abuelo dejó dicho que cerca destes tiempos reinaria en España un rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los moriscos della, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, ó bien así como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda ó arranca la mala yerba de los sembrados: ven ya, ó ventu-

roso mozo y rey prudente, y pon en ejecucion el gallardo decreto deste destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien desterrar la que en efecto está en ella bautizada; que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá á fertilizar, y á poner en mucho mejor punto que agora tienen: tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieran católicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalecieronlas con los bancos de los asientos, subieronse á la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el cura consigo el Santísimo Sacramento en su relicario, proveyéronse de piedras, armaron dos escopetas, dejó el bagaje mondo y desnudo á la puerta de la iglesia Bartolomé el mozo, y encerróse con sus amos, y todos con ojo alerta y manos listas y con ánimos determinados estuvieron esperando el asalto, de quien avisados estaban por la hija del morisco.

Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el cura: tendia los ojos por todo el mar que desde allí se parecia, y no habia nube que con la luz de la luna se pareciese, que no pensase sino que fuesen los bajeles turquescos, y aguijando á las campanas, comenzó á repicallas tan aprieta y tan recio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbaban, á cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas, pero no aprovechó su diligencia para que los bajeles no llegasen á la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba salió cargada con sus mas ricas y mejores alhajas, adonde fueron recibidos de los turcos con grande grita y algazara, al son de muchas dulzainas y de otros instrumentos, que puesto que eran bélicos, eran regocijados; pegaron fuego al lugar, y asimismo á las puertas de la iglesia, no por esperar entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen; dejaron á Bartolomé á pié, porque le dejarretaron el bagaje, derribaron una cruz de piedra que estaba á la salida del pueblo, y llamando á grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron á los turcos, ladrones pacíficos y deshonrosos públicos; desde la lengua del agua, como dicen, comenzaron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponian á sus mujeres y á sus hijos; muchas veces, y quizá algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas, muchas piedras arrojó Bartolomé, y todas á la parte donde habia dejado el bagaje, y muchas flechas el jdraque, pero muchas mas lágrimas echaron Auristela y Constanza pidiendo á Dios, que presente tenían, que de tan manifesto peligro los librara, y ansimismo que no ofendiese el fuego á su templo, el cual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fué poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el día, cuando los bajeles cargados con la presa se hicieron al mar, alzando regocijados lilies y tocando infinitos atabales y dulzainas; y en esto vieron venir dos personas corriendo hácia la iglesia, la una de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que llegando cerca conoció el jdraque que la una era su sobrina Ra-

fala, que con una cruz de caña en las manos, venía diciendo á voces: Cristiana, cristiana, y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar, y al son del arma de las campanas venía á ver el suceso, que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su mujer, que allí no los tenía, sino por la de su casa, que halló robada y abrasada. Dejaron entrar el día y que los bajeles se alargasen y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entonces bajaron de la torre y abrieron la iglesia, donde entró Rafala bañada con alegres lágrimas el rostro; y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion á las imágenes, y luego se abrazó con su tío, besando primero las manos al cura: el escribano ni adoró, ni besó las manos á nadie, porque le tenía ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volvieron los espíritus de los retraídos á su lugar, y el jadraque, cobrando aliento nuevo, volviendo á pensar en la profecía de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dijo: Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos á España tersa, limpia y desembarazada desta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba: ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso desta Monarquía, ayuda y facilita con tus consejos á esta necesaria trasmigracion; llénense estos mares de tus galeras cargadas del inútil peso de la generacion agarena, vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana; que si los pocos hebreos que pasaron á Egipto multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer destos, que son mas y viven mas holgadamente, no las esquilman las religiones, no las entresacan las Indias, no las quintan las guerras, todos se casan, todos ó los mas engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable? Ea pues, vuelvo á decir, vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo. Dos dias estuvieron en aquel lugar los peregrinos, volviendo á enterarse en lo que les faltaba, y Bartolomé se acomodó de bagaje: los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento, y alabaron los buenos pensamientos del jadraque, y abrazando á Rafala, se despidieron de todos, y siguieron su camino.

CAPITULO XII.

En que se refiere un extraordinario suceso.

En el cual se fuéron entreteniendo en contar el pasado peligro, el buen ánimo del jadraque, la valentía del cura, el celo de Rafala, de la cual se les olvidó de saber cómo se había escapado del poder de los turcos que asaltaron la tierra, aunque bien consideraron que con el alboroto ella se habria escondido en parte que tuviese lugar despues, de volver á cumplir su deseo, que era de vivir y morir cristiana. Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por excusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no solo de España,

sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable: determinaron de alargar sus jornadas aunque fuese á costa de su cansancio, por llegar á Barcelona, adonde tenían noticia habían de tocar unas galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Jénova. Y al salir de Villareal, hermosa y amenísima villa, de traves, de entre una espesura de árboles les salió al encuentro una zagala ó pastora valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el sol y hermosa como él y como la luna, la cual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dijo: ¿Señores, pedirlos he, ó daros he? A lo que respondió Periandro: Hermosa zagala, si son celos, ni los pidas ni los des; porque si los pidas, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu crédito; y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estimará y querrá bien, y si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana; y diciendo adios, volvió las espaldas, y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si no fué el ver desde léjos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devocion cristiana, sin querer subir á ellas, por no detenerse. Llegaron á Barcelona á tiempo cuando llegaban á su playa cuatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva á la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno dellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cojines de carmesí, en el cual venía, como despues pareció, una hermosa mujer de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, así á ver las galeras como á la gente que dellas desembarcaba, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano á la dama que dellos desembarcaba, la cual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de haber desembarcado, dijo: Llegaos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo á la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asimismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue á dejar tan buena compañía. La vuestra, á lo que veo, respondió Constanza, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la aceptase; vamos donde quisieredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados á dejarme. Asíó la señora de la mano á Constanza, y acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad á recibirla; y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron á la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos della, sin poder reducir á la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposentáronla en una casa principal á ella y á las que con ella desembarcaron, y no fué posible que dejase ir á los peregrinos á otra parte; con los cuales, así que tuvo comodidad para ello, pasó esta plática: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os

debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros, y así os digo que á mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fué en una ciudad de Aragon, y cuyo hermano es D. Bernardo Agustin, cuatralbo destas galeras que están en la playa. Contarino de Arbolanchez, caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano, y á hurto del recato de mis parientes, se enamoró de mí, y yo llevada de mi estrella, ó por mejor decir, de mi fácil condicion, viendo que no perdía nada en ello, con título de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos, y el mismo dia que le dí la mano, recibí él de la de su Majestad una carta, en que le mandaba viniese luego al punto á conducir un tercio, que bajaba de Lombardía á Jénova, de infantería española, á la isla de Malta, sobre la cual se pensaba bajaba el turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto, y sin tener cuenta con mis lágrimas, el recibir la carta y el partirse todo fué uno: parecióme que el cielo se había caído sobre mí, y que entre él y la tierra me habían apretado el corazon y cogido el alma.

Pocos dias pasaron, cuando, añadiendo yo imaginaciones á imaginaciones y deseos á deseos, vine á poner en efecto uno, cuyo cumplimiento, así como me quitó la honra por entónces, pudiera tambien quitarme la vida: ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno della, y en hábitos de hombre, que fuéron los que tomé de un pajeillo, asenté por criado de un atambor de una compañía que estaba en un lugar, pienso que ocho leguas del mio; en pocos dias toqué la caja tan bien como mi amo, aprendí á ser chocarrero, como lo son los que usan tal oficio; juntóse otra compañía con la nuestra, y ambas á dos se encaminaron á Cartagena á embarcarse en estas cuatro galeras de mi hermano, en las cuales fué mi disinio pasar á Italia á buscar á mi esposo, de cuya noble condicion esperé que no afearía mi atrevimiento, ni culparia mi deseo, el cual me tenía tan ciega, que no reparé en el peligro á que me ponía de ser conocida, si me embarcaba en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oiréis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho trabaron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha, sobre los alojamientos, de la cual salió herido de muerte un caballero que decian ser conde de no sé qué estado: vino un pesquisador de la corte, prendió los capitanes, descarriáronse los soldados, y con todo eso prendió á algunos, y entre ellos á mí, desdichada, que ninguna culpa tenía: condenólos á galeras por dos años al remo, y á mí tambien, como por añadidura, me tocó la misma suerte: en vano se lamenté de mi desventura, viendo cuán en vano se habían fabricado mis disinios; quisiera darne la muerte, pero el temor de ir á otra peor vida, me embotó el cuchillo en la mano y me quitó la sogá del cuello: lo que hice fué enlodarme el rostro, afeándole cuanto pude, y encerréme en un carro donde nos metieron,

con intención de llorar tanto y de comer tan poco, que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la sogá y el hierro no habían hecho. Llegamos á Cartagena, donde aun no habían llegado las galeras: pusiéronnos en la casa del Rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordaréis de un carro que topasteis junto á una venta, en el cual esta hermosa peregrina (señalando á Constanza) socorrió con una caja de conserva á un desmayado delincuente. Si acuerdo, respondió Constanza. Pues sabed que yo era, dijo la señora Ambrosia, el que socorristeis; por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dejar de admirar, si se mira. En efecto, las galeras llegaron con la presa de un bergantín de moros que las dos habían tomado en el camino; el mismo dia aherrojaron en ellas á los soldados, desnudándolos del traje que traian y vistiéndoles el de remeros, transformacion triste y dolorosa, pero llevadera; que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil: llegaron á mí para desnudarme, hizo el cómitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenía aliento para levantar los brazos, miróme el barbero que limpia la chusma, y dijo: Pocas navajas gastaré yo con esta barba: no sé yo para que nos envían acá á este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza; ¿y qué culpas cometiste tú, rapaz, que mereciesen esta pena? sin duda alguna creo que el raudal y corriente de otros ajenos delitos te han conducido á este término; y encaminando su plática al cómitre, le dijo: En verdad, patron, que me parece que sería bien dejar á que sirviese este muchacho en la popa á nuestro general, con una manilla al pié, porque no vale para el remo dos ardites.

Estas pláticas y la consideracion de mi suceso, que parece que entónces se estremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera que me desmayé y quedé como muerta: dicen que volví en mí á cabo de cuatro horas, en el cual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese; y lo que mas sintiera yo, si tuviera sentido, fué, que debieron de enterarse que yo no era varon, sino hembra; volví de mi parasismo, y lo primero con quien topó la vista fué con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenían: no sé yo cómo en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos; no sé yo cómo la lengua no se me pegó al paladar; solo sé que no supe lo que me dije, aunque sentí que mi hermano dijo: ¿Qué traje es este, hermana mia? y mi esposo dijo: ¿Qué mudanza es esta, mitad de mi alma? que si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este traje con el de la mortaja. ¿Vuestra esposa es esta? dijo mi hermano á mi esposo: tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla á ella en este traje: verdad es que si esto es verdad, bastante recompensa sería á la pena que me causa el ver así á mi hermana. A este punto, habiendo yo recobrado en parte mis perdidos espíritus, me acuerdo que dije: Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez: el amor y tu ausencia, ó hermano, me le dieron por marido, el cual sin gozarme me dejó: yo atrevida, arrojada y mal considerada, en este traje que me veis le vine á buscar; y con esto les

conté toda la historia que de mí habeis oído; y mi suerte, que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lastima: contáronme cómo á mi esposo le habian cautivado moros con una de dos chalupas, donde se habia embarcado para ir á Jénova, y que el cobrar la libertad habia sido el día ántes al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano, sino al punto que me halló desmayada: suceso cuya novedad le podia quitar el crédito, pero todo es así como lo he dicho: en estas galeras pasaba esta señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas á Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el patrimonio real á su cargo: vistieronme estos que traigo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano alegres y contentos nos han sacado hoy á tierra para espaciarnos, y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos: si vosotros, señores, vais á Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto della. La caja de conserva os la pagaré con llevaros en la mia hasta donde mejor os esté, y cuando yo no pasara á Italia, en fe de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos míos, mi historia: si se os hiciera dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comunmente se dice que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito.

Aquí dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aquí comenzó la admiracion de los oyentes á subirse de punto: aquí comenzaron á desnudarse las circunstancias del caso, y tambien los abrazos de Constanza y Auristela que á la bella Ambrosia dieron; la cual, por ser así voluntad de su marido, hubo de volverse á su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la mujer en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo que fué forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo malsegura: los cortesés catalanes, gente enojada, terrible; pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrabasse adelantán á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina, á quien dieron las gracias despues que volvieron su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con tantas experiencias como habia hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió á Aragon, las galeras siguieron su viaje, y los peregrinos el suyo, entrándose por Perpiñan en Francia.

CAPITULO XIII.

Entraron en Francia, y dase cuenta de lo que les sucedió con un criado del duque de Nemurs.

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra escuadra, á quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos días, en la cual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que á su esposo tenia, perdon de su atrevimiento: en fin, ella se volvió, como queda dicho, á su patria, las galeras siguieron su viaje, y el suyo nuestros peregrinos, los cuales llegando á Perpiñan, pararon en un meson, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y al rededor della mucha gente mirando jugar á dos

hombres á los dados, sin que otro alguno jugase: parecióles á los peregrinos ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido, que de los dos que jugaban, el perdidoso perdía la libertad y se hacia prenda del rey, para bogar el remo seis meses, y el que ganaba, ganaba veinte ducados, que los ministros del rey habian dado al perdidoso, para que probase en el juego su ventura: uno de los dos que jugaban la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena, y al que la ganó le quitaron otra que para seguridad de que no huiria, si perdía, le tenian puesta: miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia. Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la cual venia un hombre, en cuerpo de gentil parecer, rodeado de cinco ó seis criaturas, de edad de cuatro á siete años: venia junto á él una mujer amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la cual con lastimada voz venia diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme á mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad, le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos: ¡ amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos. ¡ Callad, señora, dijo el hombre, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán ántes á domeñar un remo que un azadon: no quise ponerme en aventura de perderlos, jugándolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dejaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y mujer pasaba: los ministros que le traian les dijeron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran cuantas cabian en el mar, no serian bastantes á darle la libertad que habia perdido. Prevalcian en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: Señor, no nos deje, porque nos morirémos todos, si se va. El nuevo y extraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constanza, y todos se movieron á rogar á los ministros de aquel cargo, fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no habia sido en el mundo, y que les conmoviese á no dejar viuda á una mujer, ni huérfanos á tantos niños: en fin, tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió á poder de sus dueños, y la mujer cobró su marido y los niños á su padre.

La hermosa Constanza, rica despues de condesa, mas cristiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio, dió á los pobres perdidos con que se cobraron, cincuenta escudos de oro, y así se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y á los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna. Otro día pisaron la tierra de Francia, y pasando por Lenguaudoc entraron en la Provenza, donde en otro meson hallaron tres damas francesas de tan extremada hermosura, que á no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar á la palma de la belleza; parecian señoras de grande estado, segun el aparato con que se servian; las cuales, viendo los peregrinos, así les admiró la gallardia de Periandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza: llegaronlas á sí, y habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntáronlas quién eran, en lengua castellana, porque conocieron ser espa-

ñolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni mujer deja de aprender la lengua castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro á hablar con un criado, que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle quién eran y adónde iban, y él le respondió, diciendo: El duque de Nemurs, que es uno de los que llaman de la sangre en este reino, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recién heredado, y ha propuesto de no casarse por ajena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su rey; porque dice que los reyes bien pueden dar la mujer á quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recebilla. Con esta fantasía, locura ó discrecion, ó como mejor debe llamarse, ha enviado á algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna mujer que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura; supo la destas tres señoras, y enviome á mí, que le sirvo, para que las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envié conmigo: todas tres son libres, y todas de poca edad, como habeis visto: la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre: la mediana, que Belarminia se llama, es bizarra y de grande donaire, y rica medianamente: la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja á las dos en ser rica: ellas tambien han sabido el deseo del Duque, y querrian, segun á mí se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo; y con ocasion de ir á Roma á ganar el jubileo deste año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra y quieren pasar por Paris y verse con el Duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza; pero despues, señores peregrinos, que aquí entrastes, he determinado de llevar un presente á mi amo, que borre del pensamiento todas y cualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato desta vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza; y si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrían mas que hacer, ni el Duque mas que desear. Decidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama y qué padres la engendraron? A lo que temblando respondió Periandro. Su nombre es Auristela, su viaje á Roma, sus padres nunca ella los ha dicho; y de que sea libre os aseguro, porque lo sé sin duda alguna; pero hay otra cosa en ello, que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendirá á ningun príncipe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del cielo: y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos: así que, no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la bajeza de mis padres. Con todo eso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar por no dársele al pintor para retratar á Auristela. Bartolomé volvió luego á aderezar el ba-

gaje y á no estar bien con Periandro, por la priesa que daba á la partida. El criado del Duque, viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él, y le dijo: Bien quisiera, señor, rogaros que os detuviéades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor con comodidad y de espacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir á la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que de sola una vez que la ha visto la tiene tan aprendida en la imaginación, que la pintará á sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando. Maldijo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor; pero no dejó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas, que abrazaron á Auristela y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Paris en su compañía, si dello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas cortesés palabras que supo, diciéndoles que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro, y que así no podian detenerse ella ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban: y con esto se partieron, y de allí á seis días llegaron á un lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

De los nuevos y nunca vistos peligros en que se vieron.

La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia pintas, y cuando pintas compones; no siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos: bajezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus cuadros, y la poesía tal vez re realiza cantando cosas humildes; esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagajero del escuadron peregrino, el cual tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Este, revolviendo en su imaginación el cuento del que vendió su libertad por sustentar á sus hijos, una vez dijo, hablando con Periandro: Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga á los padres á sustentar á sus hijos; si no, dígalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia: la libertad, segun yo he oído decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y este la vendió por tan poco que lo llevaba la mujer en la mano; acuérdomeme tambien de haber oído decir á mis mayores, que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á bien morir, les dijo: Vuestas mercedes se sosieguen, y déjenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntáronle, ¿y cuáles eran? respondióles: Que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniendo para dárselo, la cual necesidad me puso la ganza en la mano y fieltros en los piés, con qué facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron á los oídos del señor que le habia sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver la justicia en misericordia y la culpa en gracia. A lo que respondió Periandro: El hacer el padre por su hijo, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y se continúa el sér del padre; y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos,

lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene á su hijo descende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refrán: *Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre.* Con estas pláticas y otras entretenían el camino por Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores dellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades. A una destas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real.

Era la hora del mediodía, herían los rayos del sol derechamente á la tierra, entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó á que allí esperasen á pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagaje, y tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos á la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su repuesto, satisficieron la hambre, que ya comenzaba á fatigarles; pero apenas habían alzado las manos para llevarlo á la boca, cuando alzando Bartolomé los ojos, dijo á grandes voces: Apartaos, señores, que no sé quién baja volando del cielo, y no será bien que os coja debajo. Alzaron todos la vista, y vieron bajar por el aire una figura que antes que distinguiesen lo que era ya estaba en el suelo junto casi á los pies de Periandro, la cual figura era de una mujer hermosísima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro: dejola el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habían visto: oyeron en la torre gritos que los daba otra mujer, que abrazada con un hombre parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro: Socorro, socorro, decia la mujer, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aquí abajo. La mujer voladora, vuelta algun tanto en sí, dijo: Si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta, señalándoles una que al pié de la torre estaba, librará del peligro mortal á mis hijos y á otras gentes flacas que allí arriba están. Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entró por la puerta, y á poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco, del cual, quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte, que quería concluir con la tragedia de su vida, ordenó que entrambos á dos viniesen al suelo, cayendo al pié de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traía, y Periandro vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efecto, y dejóle casi sin vida. Auristela, que así le vió, creyendo indubitavelmente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese quedado; pero aunque le hubiera quedado no pudiera recibilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar á la pasión no le pudo dar á mover el paso para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo como si fueran raíces, ó como

si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio su hermano acudió á apartar los semivivos y á dividir los que ya pensaba ser cadáveres: solo Bartolomé fué el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentía, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga aflicción que he dicho, sin que hasta entónces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que hácia ellos venía un gran tropel de gente, la cual desde el camino real había visto el vuelo de los caídos, y venían á ver el suceso; y era el tropel que venía las hermosas damas francesas Deleasir, Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron conocieron á Auristela y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginación del que una vez los miraba: apenas la compasión les había hecho apearse para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando fueron asaltados de seis ó ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenía á punto, ó ya para ofender ó ya para defenderse: uno de los armados, con descortés movimiento asíó á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dijo volviéndose á los demas compañeros: Esto es hecho; esta me basta; démos la vuelta. Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió cuanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda, hasta que llegó al diestro oído, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron; y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora, sino en una parte del velo con que se cubría la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte á parte: acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en el suelo mas muerto que vivo; visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua, y corrió á socorrer á su hermano; que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habían salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercebidos de piedras, digo, los que no tenían armas, se pusieron en defensa de su señora; los salteadores, que vieron muerto á su capitán, y que segun los defensores acudian, podían ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podía premiarlas, volvieron las espaldas, y dejaron el campo solo. Hasta aquí desta batalla pocos polpes de espada hemos oído, pocos instrumentos bélicos han sonado, el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos no ha salido á romper los aires, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas; solo algunos ayes entre roncós gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada cual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el cielo, que tenía determinado de no dejarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas que al paladar pegadas tenían, y la de Auristela prorumpió en razones semejantes:

No sé yo, desdichada, cómo busco aliento en un muer-

to, y cómo ya que le tuviese puedo sentirle, si estoy tan sin él, que ni sé si hablo ni si respiro: ¡ay hermano, y qué caída ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto á vuestra desventura! mas ¿cómo podría ella ser grande, si vos no lo fuéades? en los montes mas levantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia hacen mas daño: monte érades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria y de vuestra discreción os encubriades á los ojos de las gentes: ventura íbades á buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio á la sepultura: ¡cuán cierta la tendrá la reina vuestra madre, cuando á sus oídos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mí, otra vez sola y en tierra ajena, bien así como verde yedra, á quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de reina, de montes y grandezas, tenían atentos los oídos de los circunstantes que les escuchaban, y aumentóles la admiración las que tambien decia Constanza que en sus faldas tenía á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre. La compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la exprimía, obligada de haberla el herido librado de su deshonor: ¡Ay, digo, decia, amparo mio! ¿de qué ha servido haberme levantado la fortuna, si me había de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mí, ó si no, haced, ó piadosos cielos, que una misma muerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos; que el bien que sin pensar me había venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas ni ménos, de modo que tan muertas parecían ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caída de Periandro, mandó á sus criados, que ya habían venido muchos de la casa, que le llevasen al lecho del conde Domicio su señor: mandó tambien llevar á Domicio, su marido, para dar orden en sepultalle: Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio: á Constanza se lo dió Feliz Flora, y á Auristela, Belarminia y Deleasir, y en escuadron doloroso y con amargos pasos se encaminaron á la casi real casa.

CAPITULO XV.

Sanan de sus heridas Periandro y Antonio: prosiguen todos su viaje en compañía de las tres damas francesas. Libra Antonio de un gran peligro á Feliz Flora.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban á las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones: el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improviso admite consolación alguna, por discreta que sea: la postema duele, mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y así mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento á quejas y á suspiros, no es discreción demasiada acudir al remedio con agudas medicinas: llora pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza, y cierran entrambas los oídos á toda consolación; en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fué, segun ella dijo á las damas francesas, que antes que

Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya; la cual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él; salióle en blanco la suerte, para que ella, dijo Claricia, la tuviese siempre negra; porque disimulando Lorena, que así se llamaba la parienta de Domicio, el enojo que había recibido del casamiento de mi esposo, dió en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules: digo que le envió unas camisas ricas por el lienzo y por la labor vistosas; apenas se puso una cuando perdió los sentidos, y estuvo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinión de maga, la habría hechizado. Volvió á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna acción hacia que no fuese de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado, tanto que era necesario tenerle en cadenas; y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se había soltado el loco de las prisiones, y viniendo á la torre, la había echado por las ventanas abajo, á quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ó por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes: dijo cómo aquel peregrino había subido á la torre á librar á una doncella á quien el loco quería derribar al suelo, tras la cual tambien despeñara á otros dos pequeños hijos que en la torre estaban; pero el suceso fué tan contrario, que el Conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el peregrino con un cuchillo en la mano, que al parecer se le había quitado á Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caída. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros á curarle y á concertarle los deslocados huesos; diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de sí tenía, especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apenas podía entenderse, dijo: Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien; y no hablo ni pudo hablar mas palabra por entónces. Tomaron la sangre á Antonio, y tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana, de que era mas grande que mortal, y de que presto tendría salud, con ayuda del cielo: dióselas Feliz Flora adelantándose á Constanza, que se las iba á dar y aun se las dió, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

Un mes ó poco mas estuvieron los enfermos curándose sin querer dejarlos las señoras francesas: tanta fué la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se extendía á mas que á ser benevolencia, y á ser como agradecimiento del bien que dél había recibido, cuando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo tenía, el cual Rubertino, llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, había dado en seguirla y perseguirla, y en rogarla le diese la mano de esposa; pero